

“¿Encontraría a la Maga en la manifestación?”

Julio Cortázar y la política

Carlos Monsiváis

I

Entre otros, las relaciones de Julio Cortázar con la crítica política y social admiten dos enfoques. El primero es descriptivo, el de la llegada relativamente tardía a formas de militancia. En la década de 1960, Cortázar descubre la Revolución Cubana, y vive, según declara reiteradamente, el dolor profundo del que advierte su escasa conciencia política, y experimenta, también lo afirma, su “camino a Damasco”. Entonces, para la mayoría de los escritores, los artistas y los intelectuales de América Latina, el castrismo conjunta la modernidad del espíritu (la cultura) y la modernización justiciera. En Casa de las Américas, y en las atmósferas que genera este or-

ganismo importantísimo durante una década, Cortázar y muchísimos más viven los descubrimientos y los entusiasmos de la cercanía del diseño utópico. Cortázar es jurado de los Premios Casa, es amigo de los escritores cubanos, pasa temporadas en la isla, defiende la causa en Europa y se radicaliza, sin perder el gusto por la literatura diversa, y por eso divulga y defiende con pasión a José Lezama Lima y *Paradiso*.

El entusiasmo perdura y Cortázar trasciende con rapidez las dudas sobre el Caso Padilla, el juicio en La Habana en 1971 del poeta Heberto Padilla, detenido por “actividades contrarrevolucionarias” (la emisión de juicios y opiniones críticos). Al enterarse de la detención de Padilla, Cortázar firma el primer manifiesto de intelectuales y artistas europeos y latinoamericanos en demanda de su libertad. Luego, al cabo de unas semanas en prisión, Padilla es puesto en libertad, y en un acto en la UNEAC (Unión Nacional de Escritores y Artistas de Cuba), lee una de las confesiones más patéticas registrables, que ahora encuentro poblada de ironías y sarcasmos contra “las revelaciones” de índole stalinista. (Nadie puede acusarse a sí mismo de esa manera con un mínimo de seriedad.) Se promueve un segundo manifiesto de protesta, se dividen irrevocablemente los intelectuales y artistas latinoamericanos, unos que califican el proceso de “stalinismo tropical”, y otros que robustecen su fe en la Revolución.

Cortázar no sólo no suscribe el segundo documento; también envía a Casa de las Américas una suerte de poema, “Policrítica a la hora de los chacales”, donde ratifica su incondicionalidad y condena a los críticos del régimen:

De qué sirve escribir la buena prosa,
de qué vale que exponga razones y
argumentos si los chacales velan, la manada se tira
contra el verbo,



Con Salvador Allende, Santiago de Chile, 1973

lo mutilan,
le sacan, lo quieren, dejan
de lado el resto (...)

El tono es insólito en Cortázar, nunca antes tan encendido por una causa, tan capaz de hacer a un lado las prevenciones y desconfianzas de un escritor. En el momento en que Ángel Rama describe lo ocurrido de modo tajante (“Como si el tiempo transcurrido y las revelaciones acumuladas desde el xx Congreso del Partido Comunista soviético hubieran sido en vano y una maquinaria fatal encarnara nuevamente a los viejos fantasmas”), Cortázar se pronuncia:

Comprendo a Cuba como sólo se comprende/ al ser amado,/ los gestos, las distancias, y tantas diferencias/ las cóleras, los gritos: por encima está el sol/ la libertad. (...)

Y todo empieza por lo opuesto, por un poeta/ encarcelado,/ por la necesidad de comprender por qué/ de preguntar y de esperar,/ qué sabemos aquí de lo que pasa,/ tantos que somos Cuba. (...)

Tiene razón, Fidel: sólo en la brega;/ hay el derecho al descontento, (...)

es ahora que ejerzo mi derecho a elegir/ a estar una vez más y más que nunca/ con tu Revolución, mi Cuba, a mi manera. (...)

II

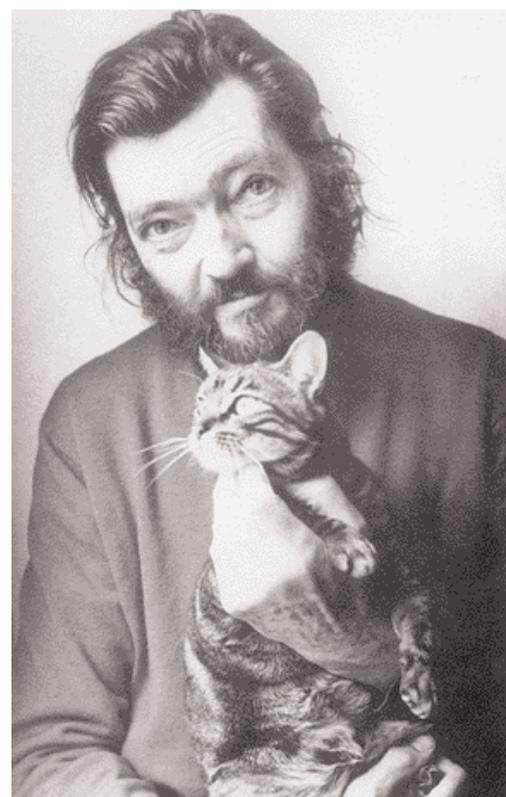
Hasta el final, Cortázar retiene la fe en Castro, y a esto le añade otras lealtades: a la lucha antiimperialista (de allí su pertenencia al Comité Russell sobre los crímenes de lesa humanidad, en especial la presencia norteamericana en Vietnam), a la revolución sandinista, a la causa de los derechos humanos en Argentina, a la liberación revolucionaria de los pueblos, lo que al hablar de su novela-testimonio *Libro de Manuel*, define con ánimo tajante:

El *Libro de Manuel* intenta resolver en mi propio terreno literario —y por extensión e inclusión en el del lector latinoamericano— el problema más difícil que pueda darse en estos tiempos a un escritor responsable: me refiero a la presencia como contenido parcial y total, de nuestra desgarrada historia en una historia literaria. Dicho de otra manera, la posible convergencia de una invención de ficciones con una militancia ideológica... No sólo no he renunciado a ninguna de mis fatalidades de inventor de ficciones (creo que incluso este libro tiene muchas recurrencias “rayuelescas”), sino que he llevado ciertas situaciones a un grado de tensión y de absurdo que escandalizará a la gente seria. En ese clima, dentro de una frecuentísima violación de la verosimilitud, se ha ido un libro que contiene mi protesta y mi fe de latinoamericano, mis esperanzas y mis reservas críticas frente a nuestra “hora de los hornos”.

Cortázar desconfía de la crítica literaria prevaleciente y se explica siempre, reflexiona con amplitud sobre el sentido de su obra (en su caso no hay “el enigma de las intenciones”), y en varios de sus planteamientos al tono intenso y solemnemente *comprometido* (este término es necesario) se contraponen el estilo genialmente desenfadado. Y eso lo lleva a inventarse a “la gente seria”, esa que cuando publica *Libro de Manuel* apenas existe entre sus lectores. ¿Quién, gracias a Cortázar entre otras cosas, se escandaliza por la tensión y el absurdo de las situaciones literarias, algo más bien esperado con devoción de coleccionista? Al masificarse la lectura partidista de Cortázar, es decir, al volverse *Rayuela* uno de los grandes libros de culto de una generación latinoamericana y española, los lectores —serios o lúdicos— esperan los desplazamientos, los sesgos que iluminen los despropósitos, las frases que disuelvan los siglos de retórica municipal y espesa, la perspectiva malévolamente que ostenta un halo de santidad. Los cortazarianos son “museos vivientes” de las paradojas de un autor, y en las noches en torno a discos de jazz que convocan fantasmas exorcizadores, dicen de pronto y con frescura: “Cuando se pone un espejo al este de la isla de Pascua, adelanta. Cuando se pone un espejo al oeste de la isla de Pascua, atrasa” o, también, “No te regalan un reloj, tú eres el regalado, a ti te ofrecen... para el cumpleaños del reloj”. (*Historias de cronopios y de famas*)

Una minoría crece a la sombra de los apasionamientos culturales. Lo que hoy casi parece una rareza, es durante dos o tres décadas lo ni siquiera requerido de explicación. Convencidos de distintas maneras de que su autor los ve desde el otro lado del espejo, lo último que desearían los lectores es ser considerados *famas*, criaturas de esa Gran Costumbre que vela para que el pie no salga de su huella (*La vuelta al día en ochenta mundos*). El pensamiento político declarado de Cortázar, su defensa de la justicia social, nunca, en materia del diálogo con el autor, trasciende lo que ya está, la crítica devastadora de la racionalidad que atesora prejuicios y autoengaños. La estrategia la vislumbra Cortázar en varios textos, por ejemplo en “Corrección de pruebas”:

...los bien piantados me dirán una vez más que esa patafísica no corre a la hora de los hornos, y yo los dejo



© Colección Alta

1981

decir porque si alguna cosa sé es que nunca encenderemos los verdaderos hornos sin echarle al fuego el deslumbrante Kerosene de la paradoja y el absurdo.

III

Me explico, por si había alguna posibilidad de que me hubieran entendido. El segundo enfoque se centra en lo esencial del pensamiento doctrinario de Cortázar, que antecede su avizoramiento de los poderes de la revolución. No están desde luego las luchas específicas, ni las condenaciones puntuales de la opresión, pero sí las definiciones radicales que aclaran el sentido transformador de la escritura. Así, por ejemplo, sostiene en *Rayuela*: “Yo siento que mi salvación, suponiendo que pudiera alcanzarla, tiene que ser también la salvación de todos, hasta el último de los hombres”. ¿A qué salvación se refiere? Si atiendo al contexto de *Rayuela*, a la salvación que viene del rechazo de la Gran Costumbre, de la solidaridad, de la cultura sin la K decapitadora, de la fantasía que es continuo reemplazo de personalidades (en el universo cortazariano nadie en verdad sensato duerme y amanece atendido a su identidad). En *Los premios*, la novela del viaje a reloj y a contrarreloj, Persio lo afirma con vértigo radical:

De cara a las estrellas, tiradas en la llanura impermeable y estúpida, ¿operamos secretamente una renuncia al tiempo histórico, nos metemos en ropas ajenas y en discursos vacíos que enguantan las manos del saludo del caudillo y

el festejo de las efemérides, y de tanta realidad inexplorada elegimos el antagónico fantasma, la antimateria del antiespíritu, de la antiargentinidad, por resuelta negativa, o padeceremos como se debe un destino en el tiempo, una carrera con sus vencedores y vencidos?

Insisto: lo esencial de las actitudes subversivas de Cortázar está en la raíz de su literatura y en su apego a la gran tradición de la paradoja, tan nutrida por los autores previsibles y los inesperados. Así, el recuerdo de Tolstoi: “De niño formé con mi hermano un club exclusivo. Para pertenecer a él, el aspirante debía mantenerse de pie en un rincón del cuarto y no pensar en un oso blanco”; así el influjo evidente de los “cadáveres exquisitos” de los surrealistas: “Los elefantes son contagiosos/ Hay que pegarle a la madre mientras es joven”.

Cortázar está convencido: “Todo el que escribe posee su ideología, aunque no su sistema”. Y en su ideología es pertinente y más aún, indispensable, el manejo de la ironía que si no hace la revolución, sí preserva la salud mental de los deseosos de cambio. La ironía renueva la mirada de modo constante y divertido, y el sentido del humor (su complemento) se expande con iluminaciones (“El emperador no lleva traje, dijo el niño”), descreimientos, revelaciones a partir de un traspies. La ironía reeduca las frases y la lógica verbal, es decir, repiensa el lenguaje mientras pone a prueba las metáforas. Cortázar invita siempre a no dejar nunca sin recompensas (lecturas, cotejos, sonrisas, carcajadas) a la comicidad voluntaria e involuntaria de la que todos formamos parte y a la que todos quisiéramos renunciar.

IV

El apogeo a las causas revolucionarias de una etapa lleva a Cortázar al activismo político y su proclamación de las realidades deseables, pero no se traslada a su obra literaria en tanto obsesión formal, ni se transmuta en prédica. Sin entrar al juego de paradojas, estoy convencido: para entender el pensamiento político de Cortázar deben examinarse sus textos aparentemente “apolíticos”, en especial los preferidos de sus lectores: *Rayuela*, *Historias de cronopios y de famas* y “El perseguidor”, es decir, a la conspiración lúdica que se extravía en el diseño de laberintos que den salida a ninguna parte (recuerdo a Lezama Lima: “El gozo del cienpies es la encrucijada”), a un cúmulo de textos unidos por el deslumbramiento ante las variantes del juego (recuerdo a Carlos Pellicer: “El hipérbaton/ será fusilado por la espalda/ para justificar sus traicioncillas”), y la música de Charlie Parker, que anticipa el porvenir como la sucesión de cárceles, que destruye la nota inesperada de un sax.

A través de sus cartas y entrevistas, Cortázar ofrece un método diáfano y, por lo mismo, engañoso, de compren-



Isla de Ré, Francia, 1974



Manos de Julio Cortázar en la arena, Isla de Ré, Francia, 1974



© Colección Cuba

En Cuba

sión de las mutaciones y la complejidad de su obra. Y en sinceridad se sitúa tan a la vista que puede llevar a un entendimiento dogmático, si se le toma al pie de la letra. Véase esta declaración por ejemplo: “En ‘El perseguidor’ quise renunciar a toda invención y ponerme dentro de mi propio terreno personal, es decir, mirarme un poco a mí mismo. Y mirarme a mí mismo era mirar al hombre, mirar también a mi prójimo. Yo había mirado muy poco el género humano hasta que escribí ‘El perseguidor’”.

Esto puede ser cierto, desde la perspectiva de Cortázar no es necesariamente la verdad. ¿Qué mayor comprensión del género humano se necesita que la desprendible de “Casa tomada” de *Bestiario*, o de “Axolotl” y “La noche boca arriba” de *Final del juego*? La paradoja se cumple en éstos y muchos otros textos cortazarianos: no hay denuncia puntual de las realidades del exterminio, pero sí las fantasías que se enfrentan a procedimientos monstruosos, a esos sueños de la razón y de la sinrazón que producen monstruos. ¿Es esto política? No es estrictamente, aunque sí, ánimo de resistencia a partir de las versiones heterodoxas de la lucidez.

¡Ah, la perfección de los Grandes Muertos que acaparan esquelas! (El auténtico purgatorio de los que mueren es el olvido de los obituarios.) No puede ser, no terminará allí el relato, en ese lecho de muerte de hospital transformado en alcoba y decorado con el silencio codicioso de hijos y nietos. Contra el esquema de las garantías burguesas del orden que ve incluso en la muerte un método de reafirmación social, Cortázar erige su defensa de la razón presentada como exaltación del irracio-

nalismo. De allí la estructura abierta de sus textos, donde el misterio se vuelve la continuidad de la especie; de allí ese gran elogio de la democracia que Oliveira profiere en *Rayuela*:

El problema está en aprender su unidad (la de la vida) sin ser un héroe, sin ser un santo, sin ser un criminal, sin ser un campeón de box, sin ser un prohombre, sin ser un pastor. Aprender la unidad en plena pluralidad, que la unidad fuera como el vértice de un torbellino y no la sedimentación de maticito lavado y frío.

v

Desordenar las jerarquías. Éste es un corolario posible de la obra de Cortázar, localizable en la oposición y la complementación de los textos radicalmente políticos y de los obsesivamente literarios. Por eso, según creo, en su retorno a la Argentina, a Cortázar se le aplaude diez minutos en la Plaza de Mayo porque, además de su voluntad de confrontación de los poderes, al leerlo ya se le ha aplaudido en silencio. Como el Quevedo de César Vallejo, Cortázar es un “abuelo instantáneo de los dinamiteros”, tanto más eficaz y generoso cuanto que su carga explosiva se concentra en el lenguaje y en la calidad de ese otro yo de la palabra justa que es la actitud. Como la cita de Neruda que tanto le gustaba, él pudo decir: “Mis criaturas nacen de un largo rechazo”. Hoy, sus criaturas, a diario, renacen debido a una larga y profunda aceptación.